

Índice

Introducción.	11
Cuestiones preliminares. De relatos y sistemas	17

PARTE I. DE LAS ANTIGÜEDADES DE BRITANIA

I. En ausencia de Roma: el mito artúrico y la construcción de un imaginario político occidental.	39
Buscando a Arturo	39
Fórmulas de permanencia.	92
II. Metáforas contemporáneas: Jerusalén y el Grial	101

PARTE II. DE LAS ANTIGÜEDADES DE LA GALIA

I. La construcción de la identidad en Occidente. El mundo románico y la diferencia como patrón político	149
La modulación de la identidad global occidental medieval.	149
De camino a la épica. Dar cuerpo a los mitos	153
Los núcleos épicos y la formación de la épica romance	162
Ideología y difusión	169
II. El <i>Cantar de Roldán</i> y la construcción de la identidad frente al otro	179
España vista por los francos	179
La metonimia cristiana y sus símbolos. La identidad en Occidente	190
De Roncesvalles a Irak.	202
Carlomagno y la Unión Europea	219

PARTE III. DE LAS ANTIGÜEDADES DE LA LOTARINGIA

I. El ideal de cruzada y la identidad. <i>Dios lo quiere</i> : la construcción de la biografía divina del héroe.	241
II. Wagner: la transmutación cósmica de Lohengrin. La identidad romántica occidental y el individuo	257

PARTE IV. DE LAS ANTIGÜEDADES DE HISPANIA

I. La construcción de los mitos fundacionales nacionales.	273
Nación e individuo: el héroe a examen político.	273
El valor político de la épica de segunda generación	284
Independencia, interdependencia e identidad nacional en los cantares de gesta.	306
II. La actividad integradora de la cultura monástica y el patrón nacionalista clerical	331
La labor política de los monasterios	331
El <i>Poema de Fernán González</i> y la construcción monástica de un mito fundacional	334

EPÍLOGO. DE LAS ANTIGÜEDADES DE SHERWOOD

I. Robin Hood y los alegres y revolucionarios hombres del bosque	355
II. Política trascendental y teología política en Sherwood	387
Bibliografía.	407

Introducción

Este libro pretende estudiar y reconstruir las bases de la identidad política de Occidente a través de los mitos literarios medievales que expresaron su carácter y aún pueden tener vigencia, eufemizados en modelos contemporáneos. De hecho, la identidad occidental está recorrida por varias líneas de semantemas —emblemas de aquello que queremos ser— que se desarrollan en ritmos cambiantes, propiciando significados renovados para los mitos engendrados, recomponiéndose y haciéndose nuevos, pero conservando el eje histórico de su matriz, de modo que la expresión de la identidad social occidental contemporánea se entreteje con los viejos elementos nucleares de la percepción simbólica de nuestro pasado, favoreciendo una cohesión dinámica (la dinámica de la expresión del significado) que nos acaba definiendo como civilización.

Es evidente que la identidad ética e íntima de Occidente tiene casi siempre raíces griegas: Homero y sobre todo el teatro ático, que han ido componiendo un modo de ser, de entender y de actuar en el mundo que nosotros hemos aceptado como válido. Hemos ido recomponiendo la expresión de su semántica estableciendo síntesis continuas que adaptaban y readaptaban los modelos griegos a los contextos históricos y a la evolución de nuestras ideas sin que las viejas raíces se quebrasen ni un nuevo árbol creciera sobre ellas. Somos lo que fuimos como fuimos lo que somos: una cierta reciprocidad que alcanza la ipseidad que nos procura una estabilidad cultural suficiente para reconocernos en el espejo de la historia. Quizás esto sea solo un espejismo, y nada tengamos que ver ya con los griegos del siglo v antes de Cristo, y menos aún con los aqueos que incendiaron Ilión, como se aventuraban a pensar algunos viajeros del *Grand Tour* comparando la imagen literaria de Homero con los *kleftés* griegos que asaltaban sus carruajes. Es posible, sí, pero la representación de su modelo de pensamiento ha pervivido históricamente, y hemos repensado cíclicamente los temas y motivos que leíamos en los textos antiguos para ir generando una imagen moderna —contemporánea— de ellos en cada fase y ciclo histórico.¹

¹ El modelo es recurrente y parte de nuestra visión de la literatura como instrumento de expresión del carácter social. El diálogo entre la literatura y la concepción del mundo necesita de una armonía compleja que, si

Y si la antigüedad clásica ofrece, por medio de sus textos literarios, los patrones de la identidad íntima y social de Occidente a través de la expresión ideológica de los productos culturales, una vez opera la modernidad en la *res* macroestructural de estos, es decir, en lo más profundo de los elementos semánticos nucleares de estos (aquellos que exponen un modelo antropológico definido y diferenciado de otros, los definidos por la cultura), es posible, entonces, convenir que hay una relación de filiación conceptual en toda la tradición literaria occidental, lo que nos permite extender, por ejemplo, una red que alcance al semantema *democracia* y que reúna la democracia ateniense con nuestros modelos contemporáneos de democracia, aun cuando entre los dos extremos de esa semántica global (el significado de la palabra para Aristóteles, Sófocles o Aristófanes, por ejemplo, y para nosotros) haya una deriva semántica grande; un historial de transformaciones que acompañan a la propia transformación de nuestras sociedades.

Este modelo de interpretación, sin embargo, choca con el escollo del análisis de la propia naturaleza del objeto literario que algunas posiciones de la crítica literaria han ido manifestando desde finales del siglo XIX. Debemos partir de un axioma para poder establecer los límites de los discursos literarios, y es el de su complejidad como productos humanos; su estructura poliédrica que sintetiza y expone la totalidad del alma humana. Lo hace, además, en un tiempo y lugar concretos, en unas circunstancias definidas, pero para que ese objeto no se pierda en el listado de obras canónicas que ya no tienen interés —cuyo significado ya no es operativo en un lector posterior— debe existir un nexo que sea dúctil, suficientemente flexible, que permita al significado nuclear del texto (el significado antropológico que lo sustenta) transmitirse a un lector futuro, ofrecerle una perspectiva de utilidad para conocer el mundo.

Los diferentes modelos críticos de estudio de la literatura (la crítica historicista, la psicocrítica, la sociocrítica, el estructuralismo, la poética del texto, la teoría de los polisistemas o, más modernamente, la neuropoética) manifiestan una debilidad estructural: todos, en el fondo, conciben una definición del texto literario muy estrecha que impide la construcción de un significado global antropológico para las producciones literarias. Si el texto es solo producto de la psicología de un individuo,

puede mantenerse, desarrollarse y acomodarse en la entropía y sustanciación de nuevos significados para los viejos textos (aquellos que los convierte en clásicos), los convierte en referentes sustanciales de nuestro modo íntimo de ser, y también de nuestro modo social de ser. Nosotros ya intentamos una explicación de este proceso en nuestro estudio *La imagen de la Antigüedad en tiempos de la Revolución francesa*, Gijón: Trea, 2015, intentando exponer el proceso por el cual la imagen de la antigüedad clásica se reconstruía en el tiempo de la Francia revolucionaria y en el romanticismo europeo, y cómo los emblemas y símbolos de la Antigüedad se reinformaban para servir a nuevos modelos que se apoyaban, precisamente, en aquellas estructuras nucleares invariables que podían servir para reiniciar un proceso de asignación de significados que se enraizara en la tradición cultural y en los modos de pensamiento que podían sobrevivir como estructuras de pensamiento caracterizadas como *occidentales*.

¿cómo es posible el análisis de textos en los que desconocemos siquiera el nombre del autor, y a veces ni siquiera entrevemos la época o el lugar de producción del texto, más que sucintamente? ¿Es en cambio la literatura solo un producto social? Porque eso relegaría el papel del autor a un simple instrumento de transmisión, impidiendo, por ejemplo, la construcción del pensamiento disidente o crítico y la cosmovisión individual, sus pulsiones, sus energías y sinergias preconscientes (en ritmos, en imaginario mental). ¿Es todo la estructura textual; lo dejamos todo al albur de la función poética de Jakobson, o es un juego lógico de oposiciones o una generación de espacios lingüísticos autorreferenciales? El formalismo pensaba que el texto era completamente ajeno a la realidad, que generaba su propia realidad, y el significado del texto literario debía revertir en el propio producto, sin relación alguna con el contexto en el que la obra literaria se forjaba. ¿Qué pasa con textos literarios que se construyen a lo largo de un periodo de tiempo amplio, más largo que la vida de un ser humano? ¿Debemos limitarnos entonces a estudiar los diferentes estadios de manera independiente, o solo atender a la variante última de una narración? ¿Merece la pena centrarse en los juegos formales que brillantemente hace destilar la poética del texto en sus análisis, o dejarlos de lado y someternos a la tiranía única de las superestructuras del análisis marxista puro?

Habría muchas más preguntas que hacerse, pero todas ellas acabarían quizá en una misma conclusión: que todos estos métodos reducen el espacio gnoseológico de la obra literaria. Unos la convierten en mero juego formal y otros la desplazan a una representación de la sociología. Como bien dice el profesor Jauralde:

Piensen los estilólogos que un modelo sería el que explicara la obra a partir de la lengua; los psicoanalistas, a partir de la mente humana; los sociólogos, de las circunstancias histórico-sociales, etc. Se podrían representar estos modelos gráficamente por una serie de matrices que de izquierda a derecha representan los momentos esenciales del proceso de producción abocando siempre a una matriz «discurso literario». El despliegue del campo en estos casos es, se observa a simple vista, empobrecedor en exceso de la realidad. Se ha debido prescindir de demasiadas cosas en beneficio de algún aspecto, que es el que aparece destacado en la matriz inicial. Diríamos que este tipo de aproximación crítica tiene los siguientes fallos:

- es empobrecedor de la realidad literaria.
- es dogmático, por lo mismo, porque al restar importancia a los aspectos rechazados, carga la mano con el admitido.
- es incompleto, por cuanto no nos da las causas, las razones de la obra a que se refiere.

Como contrapartida necesitaríamos un modelo que fuera capaz de dar cuenta de mayor número de aspectos en la obra literaria, que no se conformara con una sola di-

mención, esto es: que pusiera en juego mayor número de elementos, conceptos, hechos. Un modelo que no presentara ninguno de estos objetos, hechos, etc. como preeminente, sino la ordenación cabal de todos los puestos en juego, es decir, que en su representación gráfica no admitiera matriz teórica alguna más a la izquierda, de modo que fuera por este lado también finito. ¿Es posible este modelo crítico? Puede serlo si razonablemente devolvemos al hecho literario su estatuto de discurso ideológico o histórico, y sí es este aspecto el que destacamos y colocamos como causal en el modelo crítico.²

Ese modelo necesario precisa de una mirada que combine las dos direcciones sobre las que se proyecta un texto literario: *ad interiora* y *ad exteriora* de la obra, pudiendo considerar los productos literarios al modo cassireriano como *formas simbólicas* o, si se prefiere, más modernamente, al modo en el que los entiende la semiología de Yuri Lotman: *procesos de semiotización secundarios* (el *primario* sería el propio lenguaje natural), esto es, unas estructuras portadoras de un significado global antropológico. Ese significado global no es sino la expresión de la idea matriz construida como estructura simbólica compleja, pero en su centro, en su núcleo semántico, lo que se aloja es una idea que es intensión de una cosmovisión que trasciende las superestructuras que han cuajado su superficie de contextos y realidades coetáneas al momento de su producción y al propio individuo que las ha transformado en materia literaria (en ese proceso por el cual el contenido de un discurso lingüístico alcanza un significado más amplio y productivo). Es, pues, necesario establecer un diálogo entre la ideología y la literatura, entendiendo la ideología como un constructo de elementos que resumen un modo de entendimiento del mundo y de las relaciones entre el hombre y su hábitat (la cultura).

Teniendo presente esta necesidad, es posible entonces entender que la identidad occidental puede estar contenida en el desarrollo de las ideas que trasmite la obra literaria clásica a través de las transformaciones que sufre solidariamente con la evolución social que la acompaña, pero que mantiene ese núcleo de creencias, certezas y miradas que nos son comunes aún con el mundo antiguo. Ahora bien, ¿esto es solo patrimonio de la literatura clásica antigua?

Lo cierto es que el entramado de creencias, certezas y modelos con los que se edifica una cultura es muy complejo también, y hay elementos que se forjan en un periodo determinado y otros que lo hacen más tarde, con independencia completa o no de los anteriores, o en diálogo con ellos, y en este sentido la literatura medieval expresa algunos elementos fundacionales de nuestra mirada cultural que vienen a colocarse junto a la expresión griega antigua y a desarrollar otros elementos solidarios o, cuando menos, anejos a estos, y completan muchos elementos de la propia

² Pablo Jauralde Pou: «La literatura como ideología y la crítica literaria», *Anales de Literatura Española*, núm. 3 (1984), pp. 317-318.

identidad de Occidente. Este proceso es recursivo y no solo se aplica a la antigüedad clásica o a la Edad Media, sino que es continuo, y hay modelos antropológicos generados después, como, por ejemplo, los que se alojan en el imaginario de la identidad del individuo moderno, generados durante los siglos XVI, XVII y XVIII.

Lo que la Edad Media y su literatura aporta a la construcción de una antropología cultural de Occidente tiene que ver, fundamentalmente, con la creación de los modelos político-identitarios que transcriben una teología social. La noción de *imperio*, no siendo una creación medieval, sino romana, no tiene su expresión cultural renovada sino en el desarrollo de la nostalgia de Roma en el contexto del final del Imperio y las invasiones bárbaras, pues esta es la constitución simbólica que ampara la actividad histórica de Carlomagno, por ejemplo, devolviéndose en el Renacimiento, durante el Imperio hispánico, la pátina de la recomposición y adhesión de motivos latinos resemantizados (actualizados). Pero, de igual modo que los emblemas simbólicos romanos construyen en colaboración con una sustancia simbólica mucho más amplia, el Sacro Imperio Romano-Germánico, todos ellos, intencionados, siguen siendo activos en una suerte de fecunda hipóstasis en diferentes periodos en los que la idea del Imperio se convierte en desiderátum político, como los elementos de conciencia nacional, forjados en la también especial síntesis del modelo político de Roma y el carácter familiar (de clan) de los pueblos que se integran en el espacio romano, una vez que el poder del Imperio ha sido destruido. De este modo, el origen de las naciones (en sentido lato), aunque no tiene expresión política real hasta el siglo XVII, tiene sin embargo su expresión cultural en la gestación de la mitología literaria de los diferentes reinos medievales en el occidente europeo. Del mismo modo, la identidad compleja occidental, forjada en la síntesis de la cultura romana y los modelos ideológicos judeocristianos y bárbaros (celtas y germanos) adquiere su imagen estable solo a partir de la confrontación con el islam, modulando, a partir de una cópula política entre el cristianismo y el imaginario imperial romano en la figura de Carlomagno, una imagen propia en espejo.

Los mismos cambios sociales que atañen a la construcción feudal y a su desarrollo y final generan interrelaciones fecundas que expresa la literatura: el apogeo feudal se transcribe en la lírica de trovadores, que añade a la identidad íntima que habían descrito los griegos un modelo de sentimentalidad ritualizada que aun hoy, después de su reescritura romántica, se mantiene en esencia, pero el final del modelo feudal, convulso, y el contexto de la peste, de la crisis y del primer desarrollo del capitalismo también proporcionan mitos que se reconstruyen como una identidad disidente en la literatura de los siglos XIV y XV, forjando esperanzas políticas que luego, también después de su reconstrucción romántica, van a dar lugar a las expresiones políticas revolucionarias de los siglos XIX y XX. El estudio de todos estos

mitos literarios medievales y de sus desarrollos, y la pervivencia de los emblemas simbólicos e ideas fundamentales que se inscriben en su ADN estructural, son el objeto de este estudio que pretende conectar esos modelos ideológicos con nuestra contemporaneidad y confirmar su vigencia o no como elementos estructurales de la identidad política de Occidente. Digámoslo de otro modo.